

Citation: Anónimo (Ed.): "Número XVII", in: *El Filósofo à la Moda*, Vol.1\017 (1788), pp. 295-310, edited in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): *The "Spectators" in the international context*. Digital Edition, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.706

Número 17

Leccion XXXI

A Los Perezosos; y a los que Fingen Ocupaciones.

Posthabui tamen illorum mea seria ludo.

Virg. Eclog. VII. 17.

Es cierto sin contradiccion, que en el mundo no se encuentra cosa mas amable que los tratos libres de afectacion pero se observan personas, que báxo el pretexto de un ayre libre y desenvuelto, renuncian todos los deberes de la vida civil, se vanaglorian de tener una repugnancia universal á todo lo que se llama *negocio ó aplicacion*, y este modo de manejarse los distingue de los demás. A una persona de esta cláse, se le oirá decir frequentemente: *yo soy la persona mas perezosa del mundo. Es necesario confesar, que no puede haber una memoria mas infeliz que la mia*. Una de sus principales máximas, es no pensar ni reflexionar jamás en nada, y este ejercicio es para ella tan penoso, que nunca tiene tiempo de aplicarse. Un hombre de tal temperamento es muy flemático, y por tanto incapáz, las mas veces, para lo que requiere industria y trabajo, aunque en sus conversaciones se esfuerze en darnos á entender, que es persona de muchos talentos, y por tal quiere ser considerado.

Quando este humor se apodera de la cabeza de una muger, Dios nos libre, se la figura á cada instante que está mala; el Médico y el Cirujano no deben faltar á visitarla todos los dias, y el pobre marido, trás de los gastos indispensables debe tener el desconsuelo de oír una continua quexa, y de verla siempre desesperada; si alguna vez introduce conversacion, es continuamente sobre sus males. Apenas tiene la curiosidad de escuchar lo que se la dice contra sus amigas, y la tolerancia de oír sus elogios. En suma, los individuos de uno y otro sexô, que se hallan acometidos de este vicio, son inútiles para todo bien, y sacan del mismo vicio una especie de vanidad.

Hay otra cláse de locura que se opone á ésta, que no es menos irracional. Hablo de la flaqueza de aquellos que pretenden hallarse en una continua ocupacion. Se ven algunos caballeros, que van á visitar á sus amigas, pero apenas se han sentado se levantan, y suplican se les perdone, que no pueden detenerse mas, porque asuntos de mucha importancia les llaman á otra parte. De este modo corren de casa en casa, propalan en todas partes, que tienen mucho que hacer, aunque sus ocupaciones no sean ningunas. Quisieran se les rogase se detuviesen, pero es menester dexarlos correr, para que prontamente se conviertan en nada sus asuntos. Las Damas que se complacen en hacer visitas, y tienen que ver la mitad de la Corte en una tarde, merecen se las disimule, si manifiestan alguna priesa; pero los hombres que van donde no tienen nada que hacer, y suponen ocupaciones en otra parte, son inexcusables.

Algunos críticos sutiles han observado, que ninguna cosa descubre mejor el genio de las personas, que las cartas. Se hallan dos en mi poder de dos distintos sugetos, justamente de los referidos caractéres. ¿No es una maravilla, que un hombre que escribe á sangre fria, y que tiene tiempo de reflexionar, se pinte á sí mismo al natural con los mismos defectos que se observan en él en las conversaciones? y con todo los sugetos de tal temperamento, no sabrían escribir dos renglones, sin manifestar lo que son en las conversaciones; lo peor es,

que presumen ser tales como dicen, é imaginan hallarse efectivamente muy ocupados; están siempre suspensos, y pasan la vida con intencion de hacer mucho, sin executar nada. Estas son las dos cartas.

“Muy Señora mia: el correo está con botas para marchar, y yo tengo varias cartas de importancia que escribir. Debo manifestar á vmd. mi agradecimiento por los favores que me hizo en el tiempo en que estuve en esa; mi desgracia es, hallarme rodeado de tantas ocupaciones que es forzoso suprima por ahora un millon de cosas, que tengo que decirle. Entretanto, sirvase vmd. no publicar esto á nadie, y creame, que con el mayor afecto no dexaré de ser su seguro servidor. Q. S. M. B”

Muy Señora mia: no hay cosa que aborrezca mas que el escribir, pero aunque acabo de tomar una tisana, por cuyo motivo me dicen no debía fatigar la vista, no quiero dexar de avisar á vmd. que desde que no nos hemos visto, el flato me ha mortificado mucho. Por lo demás ¿cómo ha podido vmd. creer, que yo he oído favorablemente á aquel necio, de que le han hablado? Creame vmd. sobre mi palabra, que nada es verdad, y debe persuadirse de esto, quando una persona tan perezosa como yo, se determina á tomar papel, tintero, y pluma para certificarselo. Perdone vmd. mi libertad de escribirla, á lo ménos en consideracion de que no la molestaré con mucha freqüencia. Quedo con fino afecto, &c.

P.D. El necio que se me atribuye por amante, es de esa tierra, sirvase vmd. informarse, y decirme si es rico, como suponen, &c.

Leccion XXXII

A Las Mugerres que Pretenden Adoraciones.

O Dea certe!

Virg. *Æneid.* Lib. I. 328.

Es cosa muy extraña, que el hombre, que no puede dexar de experimentar las flaquezas que le rodean, sea tan amante de la gloria, y que el vicio, la ignorancia, imperfeccion y miseria, pretendan elogios, y apliquen todos sus cuidados á fin de ser los objetos del aplauso.

Con todo por irracional que parezca el ansia de la gloria, no se debe del todo vilipendiar, porque en muchas ocasiones produce muy buenos efectos, no solo apartando á los hombres de todo lo que es vil y báxo, sino tambien induciéndolos á practicar acciones nobles y generosas. El principio puede ser erroneo y defectuoso, pero las conseqüencias pueden ser tan buenas y útiles al género humano, que no se debe procurar la extincion del deseo de la gloria, sino únicamente arreglarle.

Cicerón reflexiona, que los mas grandes ingenios y los poseedores de los mayores talentos, son los mas sensibles á la ambicion; pero si se comparan los dos sexôs, se hallará que las mugeres exceden en este vicio á los hombres.

El deseo de agradar, de adquirir estimacion en el público, es tan grande en el bello sexô, que produce efectos admirables en las mugeres de entendimiento, que quieren ser aplaudidas unicamente en lo que merece alabanza. Tambien creo se puede decir, sin adularlas, que hay muchas, que no solo llevan una vida mas arreglada y virtuosa, sino que tambien conservan mas miramiento por el propio honor, que lo que generalmente tienen los hombres. ¿Quántos exemplares tenemos de su castidad, de su fidelidad, y de su devocion? ¿Quántas Damas se distinguen en la educacion de sus hijos? ¿en el gobierno de sus casas, y cariño á sus maridos? Estas son las heroycas virtudes y adornos de su sexô, que le ensalzan como á los hombres el mando de los Exércitos, y la administracion de la justicia, &c.

Pero si este deseo de reputacion sometido al imperio de la razon, enriquece al bello sexô de todo lo que es digno de elogios, por otra parte no hay nada que mas lo perjudique, que quando la vanidad lo dirige. Yo no quiero hablar aquí sino de las mugeres altivas, y se verá prontamente lo que me obliga á darlas el título de *Idolos*.

Es necesario saber que el *Idolo*, únicamente cuida de componerse. En el ayre de su cuerpo en las facciones del rostro, en todos los movimientos de su cabeza, manifiesta que no tiene otra mira sino la de grangearse adoradores.

Así vemos que los *Idolos*, van á los concursos y parages mas freqüentados para seducir en ellos á los hombres. La cazuela y aposentos de los Teatros, regularmente suelen hallarse llenos. Las tertulias por grandes que sean son chicas, para que quepan todas. No se pueden encontrar sin hacerles mil obsequios y reverencias, como si se dirigiesen á la Divinidad. La vida y la muerte están en su poder, disponen de los gozos del cielo y penas del infierno: el Paraíso está entre sus brazos, y cada momento que uno pasa en ellos vale una eternidad de bienes: los raptos, extásis, é imaginaciones, son los favores que distribuyen: los suspiros, lágrimas, súplicas é incendios de los corazones, son las víctimas que se sacrifican en sus altares: una simple sonrisa suya, es capáz de hacer bienaventurados á los hombres, y á la contra, una frialdad los pone en la última desesperacion. El libro que Ovidio escribió *de Arte amandi*, es una especie de ritual pagano, que contiene todos los cultos que se dán á los *Idolos* de que tratamos. Yo no experimentaría ménos dificultad en distinguir las diferentes cláses de estos *Idolos*, como la que tendría en contar los que eran adorados en la tierra de Canaam, y en sus cercanías. Los mas de quien hablo son adorados como *Moloch*, en medio del fuego, y de las llamas. Algunos á imitacion de *Baal*, se complacen en vér que se destruyen por sí mismos en particular, sus adoradores, y que derraman la propia sangre por ellos. Hay otros, que como un *Idolo de Bel*, exígen se les prevengan banquetes, y merendonas diariamente. Es verdad, no se puede negar, que á veces los adoradores los han tratado con la misma severidad, con que los chinos tratan á sus *Idolos*. Los azotan y cargan de golpes, quando no quieren oír las súplicas que les hacen.

No debo omitir aquí, que los *Idolatrás*, que se dedican á la veneracion de estos *Idolos*, son enteramente opuestos á los de los gentiles. Estos reñían entre sí porque adoraban diversos *Idolos*. Los *Idolatrás* que subsisten entre nosotros, contienden porque adoran un mismo *Idolo*. La intencion de este *Idolo*, es tambien contraria en un todo á los votos del *Idolatra*. Este quisiera gozar solo su *Idolo*, y el *Idolo*, procura aumentar sus adoradores. Un autor describe con propiedad en sus escritos, el genio inconstante de uno de estos *Idolos*. Le representa sentado á una mesa, con tres de sus esclavos, que nada omiten para grangearse su gracia, y el *Idolo* se sonrie con uno, bebe á la salud del segundo, y por debaxo de la mesa toca con el pie al tercero. ¿Quál de los tres, *pregunta el Autor* será el querido? á la verdad, parece que ninguno.

La desenvoltura de este *Idolo*, me hace acordar de la hermosa *Clarinda*, uno de los mas grandes *Idolos* de moda. Se la adora una vez á la semana á la brillantéz de las luces, entre una tropa de personas, á la qual se dá el nombre de *sociedad ó tertulia*. Algunos caballeros jóvenes, de los mas distinguidos, procuran ponerse á su vista mientras está rodeada de muchas luces, y sentada en su silla poltrona, para excitar el zelo de sus *Idolatrás*; no permite que nadie se vaya jamás de su presencia, sin haberle manifestado una muestra de su cariño. Hace una pregunta á éste, al otro le cuenta un suceso, mira á aquel, toma un polvo del quarto, y dexa caer inadvertidamente el abanico, para que el quinto tenga ocasion de levantarle, y entregárselo. En suma, cada uno se retira contento, y vuelve á renovar sus devociones á la misma hora canónica al cabo de ocho dias.

Pero un *Idolo* puede decaer de su divinidad por muchos accidentes. El matrimonio en particular es una especie de *Antipoteosis* ó canonizacion al revés. Inmediatamente que un hombre se familiariza con su Diosa, ésta al punto se reduce á su propio estado de muger.

La vejez es otro cruel enemigo de los *Idolos*. Es cierto, no hay en el mundo una criatura mas infelíz que un *Idolo* decrépito, y sobre todo, quando ha contrahido ciertos donayres, que no son agradables, sino en presencia de sus adoradores.

Supuesto, pues, que en éstos y otros casos, la *muger*, sobrevive casi siempre al *Idolo*, es necesario pase á la moralidad de esta leccion, rogándolas á todas, arreglen bien el anhelo que tienen de hacerse admirar. Para lograr el intento, deben procurar ser el objeto de una admiracion racional, y durable. Esto no se logra jamás por la belleza, vestidos, ni modas, solo la hermosura interior, puede unicamente franquearlas esta ventaja, y hacerlas tanto mas amables, quanto fueren mas conocidas.